



Año I

Madrid 13 de Mayo de 1897.

Núm. 4.º



Fernando Legorria



JUICIO CRÍTICO

de las corridas de toros celebradas en la plaza de esta Corte en los días 6 y 9 de Mayo de 1897.

Jueves 6 á las tres y media.—Vamos á ver si en esta función somos más afortunados que en la anterior, en la que la flor y nata de los diestros modernos, mataron seis toros de *cinco* malas estocadas, y una *media* buena que propinó *Bombita*. Vamos á ver si los seis toros del Marqués de Villamarta, que dicen cuida con esmero desde que los compró á D. Juan Vázquez en 1893 y vienen precedidos de dos batidores de los regimientos Miura y Pérez de la Concha, dan el suficiente juego para que alguno de los matadores Mazzantini, Guerra, Reverte y Bomba ejecuten la olvidada suerte de recibir; y vamos á ver si la Presidencia y el público tienen criterio justo y leal para saber lo que quieren y por dónde andan, que bien lo necesitan.

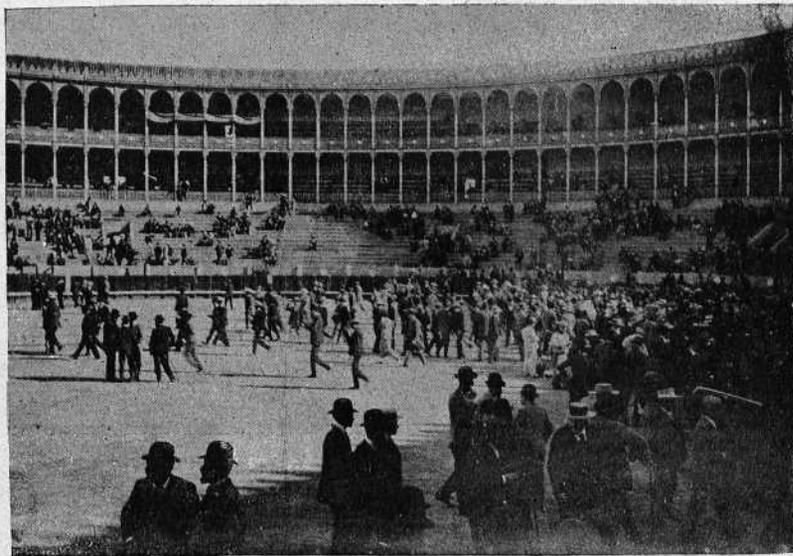
Un sol espléndido alegraba la plaza, que estaba completamente llena: al llegar allí nos enteramos de que el toro de Pérez de la Concha, por no sabemos qué casualidad (?), había sido sustituido por otro de Ibarra; y supimos también que presidía el Teniente Alcalde D. Manuel Fernández de la Vega, que no lo hizo mal, aunque llevó la lidia algo apresurada.

Fué buena la corrida por lo que respecta al ganado: mala por lo relativo al trabajo de los diestros. Aquél, por lo general fué de buen trapío, noble á excepción del primero, y manejable; por más que, en el último tercio, los

toros de Villamarta se quedaban defendiéndose, y alguno, como el quinto, que parecía en todo un bicho de más de seis años, alargase el hocico queriendo coger y tapándose. Los lidiadores todos *desacertados*, por no decir otra cosa más exacta y más dura.

Dos varas solamente se pusieron á ley por Agujetas, y únicamente un par de banderillas de Moyano—que es el mejor peón entrando, alzando los codos y saliendo;—lo demás, propio de una capital de provincia de tercer orden.

Mazzantini, á quien tocaron ó le dieron los huesos de la corrida, justamente, porque para eso es primer espada, no dirigió mal, hizo unos quites asombrosos, de esos que nadie hace como él, y al matar estuvo mal, y si no, véase



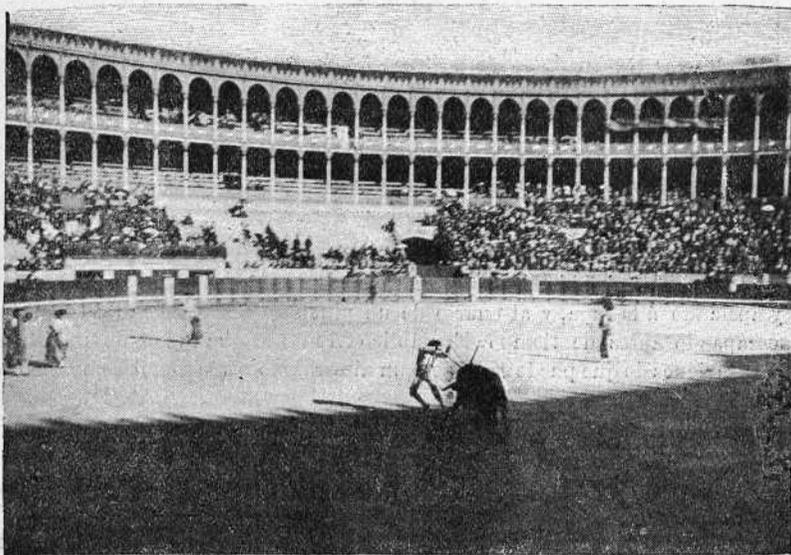
lo que hizo. Pasó al primer bribón con inteligencia, pero sin quietud, y conociendo con quién se las había, le dió estando en las tablas una estocada tendida, *arrancando* y saliendo bien, y no siendo bastante para que doblara, entró á *volapié* y colocó el estoque muy delantero. Estas son las consecuencias de arrancar de largo. En el segundo estuvo menos tranquilo pasando de muleta, y al herir no apretó, porque el toro en aquel *volapié* se quedó y él no entró con la decisión debida. Tuvo precisión de repetir y lo hizo á *paso de banderillas* con una estocada algo corta y con inclinación atravesada, por cuartear. ¿Es esa la faena de un primer espada? Hay que apretar más y trabajar con fe á los toros difíciles, que con los nobles no hay mérito.

Guerrita, conociendo la breva que le dieron al destinarle un toro de Ibarra, se la fumó con fruición. Le pasó de muleta muy de cerca, con algunos pases buenos y otros de zaragata, pero siempre encorvado y á patas abiertas, y arremetió á *volapié* en buena rectitud, pinchando en la barriga, sea porque se le fuese la mano, ó porque, como creemos, el estoque resbaló en una banderilla. Picado en su amor propio, colocado cerca, se arrancó á *volapié* por derecho y saliendo perfectamente, hundió el estoque en lo alto del morrillo, con tal precisión, que el bicho dobló antes de que el matador hiciese ante él una intentada pantomima. Justa fué la ovación que recibió. Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, en el sexto toro echó á perder cuanto bueno hizo antes. Trasteandomal, sin poder sacarle de los tableros, que es donde á él le pesan, quiso matarle á tiro rápido, y le pinchó en lo alto como quien clava una banderilla y sale de *naja*; y luego en el mismo terreno, se fué al *volapié*, y por echarse fuera dió una estocada honda, en los costillares, corriendo como alma que lleva el diablo. Cuando los toros no hacen por sí, el matador de conciencia debe hacerlo todo, y el no verificarlo denota falta de entereza. Puede estrecharse como nadie; ¿por qué no lo hizo en este toro?



Y vamos con Reverte. No quisiéramos hablar de él. ¿Dónde están aquellas valentías que hicieron repetir á todo el mundo «no te tires, Reverte»? ¿De qué sirvieron aquellos buenos aunque equivocados pases que dió á su primer toro, alzándole la cabeza sin necesidad, para herir luego hasta *siete* veces, cuarteando, sin llegar, volviendo la cara y huyendo despavorido? Creímos que su amor propio le exigiría hacer algo con el séptimo toro para recuperar lo perdido, y nos equivocamos: toreó cerca y pisando el terreno vedado, sin lucimiento, por no concluir bien los pases, y aunque clavó media estocada alta, ¿cómo fué? huyendo. ¡Huyendo un Reverte! ¡el bravo entre los bravos!

Bombita debe su vida á uno de los milagros tan frecuentes en las plazas de toros, que concede la Providencia para salvación de ignorantes. El cuarto bicho, á quien mató de un pinchazo bajo sin soltar, de un *volapié* corto y de otro regular más certero, fué trasteado bien por el espada, que por la ligereza del toro estuvo acelerado, bariendo y perdiendo terreno alguna vez; y pudo costarle caro no haberle castigado con pases de cabeza á rabo y naturales en redondo (que eran los indicados en un toro que no se iba, mejor que los dados por bajo, encorvándose, que no castigan, aunque marean), porque al dar el pinchazo y hacer ¡la cruz con la muleta, no bajó el brazo izquierdo, y claro es, sacó rota la manga de la chaquetilla, y no fué mucho que no fuera corneado. En el último el milagro fué mayor. Sin un trasteo aceptable, dió dos pinchazos en que el toro se quedó, y al dar la estocada *arrancando* fué enganchado cerca de la ingle izquierda, volteado horriblemente por no dar salida, y despedido con gran aparato. Se levantó, y con sobrado valor se arrancó de nuevo para dar una estocada corta, saliéndose antes de tiempo, y luego otro pinchazo sin soltar y cuarteando. No basta ser valiente si no se estudian las condiciones de las reses y se aplica en el toreo el verdadero principio del arte. Al toro que se encoge al verse acometido hay que *asegurarle* entrando á él ceñido, pero marcando mucho su salida, con la muleta



ta muy baja y buscando el diestro los costillares con el cuerpo, sin cambiar los ferrenos, que esto no es seguro más que con los toros que «se vienen». Cuidado con otra.

De modo que de veintiseis estocadas y algún pinchazo y descabello, sólo un toro murió á ley, el primero de *Guerrita*. De seguir así los que pinchan reses bravas, habrá precisión de poner en los muros de la Plaza un cartel que anuncie:— «*Se necesitan matadores de toros. Darán razón en Torrelodones.*»

*
* *

Domingo 9 de Mayo.—A pesar de la nombradía de los toros de Veragua, que para la sexta corrida de abono anunció la empresa lidiarian los espadas *Bonarillo*, Reverte y Fuentes, la entrada, sin decir que fué mala, dejó mucho que desear al pobre Bartolo; y como no estaba en su mano formar otra combinación de matadores, cerró los ojos y esperó, confiando en su buena estrella, y en que las cuadrillas le costaban más baratas.

Asistió la infanta Isabel: presidió con alguna precipitación á veces, y con mucha calma en otras, D. Enrique López Balboa y empezó la fiesta á las cuatro y media.

¡Valiente corrida! Salimos aburridos de presenciar tanta capea, hartos de ver tanta ignorancia y convencidos de que los ídolos que surgen de repente, pasan como meteoros, sin dejar tras de sí más que amargos desengaños.

Los picadores poco hicieron, temiendo sin duda un desavío, ya por el empuje de los bichos veragüños, ya por la poca confianza de acierto que inspiraban los espadas salvadores. Se lució en alguna vara Agujetas, que se dejó en otra matar un buen caballo por atravesarse, y á Melilla le costó ir á la enfermería la comisión de igual falta de arte. Tampoco mostraron conocerle mucho los banderilleros, aparte de algún par bien colocado, en cambio de otros muy malos.

Pero como á todo hay quien gane, los matadores se encargaron de desvanecer muchas ilusiones que hasta ahora hemos acariciado.

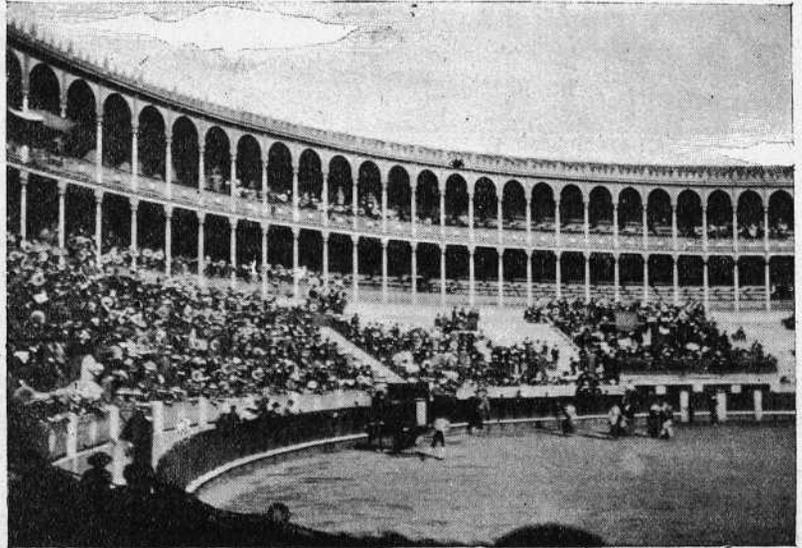
Antonio Fuentes, á quien colocamos en primer lugar porque es el único que hizo algo bueno, pasó de muleta al tercer toro de la corrida con pases buenos, tranquilo y parado, entre otros medianos retrocediendo, se perfiló bien y *arrancó* por derecho dando en los altos una gran estocada que no necesitó puntilla, pero que le costó que el toro metiera la cabeza, y le alzara por la entepierna derribándole. Consecuencia de olvidarse que tanto papel juega la mano izquierda como la derecha en la muerte de los toros. No se le olvidó ya esto al despachar el último bicho, pero ¡qué diferencia de faena! Verdad es que el toro estaba huido; mas ya que no pudiera lucirse en los pases ¡qué razón tuvo para *arrancarse* á herir las tres veces, desde lejos, con precaución y sin llegar al pelo?

Reverte, dándonos cada disgusto que para otros quisiéramos, no es el matador de toros que requiere la plaza de Madrid. En sus dos toros, segundo y quinto, pasó de muleta parado como acostumbra, haciendo con el cuerpo más que con el trapo, y matando al primero de una delantera y caída, desde cerca y saliendo muy mal, y al segundo de dos pinchazos y otra media alta, todas *arrancando* y escapando ante la cara perseguido. Ese temor que demuestra este muchacho ahora ¿dónde le adquirió y cuándo? Deséchele y vuelva á lo que fué, porque si no ¡adiós porvenir! Quedará sepultado en el montón.

¡Pobre *Bonarillo*! Creemos hacerle favor no hablando de él más que lo absolutamente preciso. Sin pasar de muleta, siquiera como lo

podía haber hecho el más ignorante de los novilleros de aldea, desangró al primer toro con *nueve* pinchazos de todos *calibres*, siempre volviendo la cara y apelando á la fuga, y al cuarto de un pinchazo á *volapié* en las tablas, y de una *arrancando* desde cerca y alta, escapando antes de tiempo. El público tributó al que fué en novilladas competidor de Reverte, la peor de las demostraciones de que puede ser objeto un diestro. Nosotros somos compasivos con la desgracia, que, casi, casi, nos parece irreparable.

¿Y de los toros, qué? Pues de los toros... ná. Que fueron indignos de ostentar en el morrillo la divisa roja y blanca. ¿A dónde ha ido el Sr. Duque á buscar bichos, que si bien salían pegando y rematando en los tableros, á las primeras varas se volvieron cobardes, huidos y recelosos? Malos, muy malos resultaron, y no sabemos por qué, se nos antoja creer que antes de encerrarlos, sabía ya el ganadero lo que podían dar de sí, pero también creemos que no se hubieran conocido tanto sus defectos con toreros de *verdad*, que de ello sacaran partido para demostrar inteligencia.



J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Sueños y realidades.

¿O que son los sueños! ¿Pues no me parecía la cosa más natural del mundo que mi padre, mi excelente padre, á quien tuve el inmenso dolor de ver morir hace veintiseis años ya largos de talle, estuviera á mi lado, no en aquella inolvidable delantera de la andanada 2.^a de la Plaza Vieja en que tantas veces sentado en sus rodillas pude ver, aun sin poderlos apreciar en lo debido, lo mismo los volapiés del *Tato*, que las estocadas recibiendo de Domínguez, y los acabados pases naturales de Cayetano, sino en la grada 9 de esta Plaza de ahora, de que he visto despedirse á toreros de la fama de *Lagartijo* y *Frascuero*, y en la que he presenciado la aparición de astros de la magnitud de *Guerrita* y *Mazzantini*?

Si yo tenía á mi padre realmente por resucitado ó si le suponía de regreso de un largo viaje, eso es de lo que no me doy clara cuenta; pero sí sé que cuando al ir á empezar la corrida me vió sacar cuartillas y lápiz para hacer mi acostumbrada reseña de *El Enano*, mirándome con una sonrisilla burlona que no dejó de mortificar un tanto mi amor propio, me preguntó:

—¿A crítico te metiste? Supongo que en estos años habrás aprendido lo no poco que te faltaba saber; pues de no ser así, viviendo aún, y estando en juego excelentes aficionados, tales como mi antiguo y buen amigo Sánchez Neira, y juzgando las cosas con esa rapidez taquigráfica con que parece que lo hacéis los que ahora os tenéis por periodistas, me temo que no hagas un papel muy airoso á los ojos de los pocos que por lo visto quedan ya que entiendan de veras de estas cosas de toros.

Un poco azarado iba á contestarle; pero la salida á la plaza del primero de los Saltillos que aquella tarde se corrían, me cortó la palabra.

Desde entonces mi buen padre se limitó á echar de cuando en cuando una ojeada á los garabatos de que con prisa vertiginosa llenaba el papel.

Sin embargo, al salir, me parece que fué el tercer toro de la corrida, me preguntó, como si ya no pudiera contenerse:

—¿Cómo calificas ese animal?

—Pues claro está: de buen mozo, grande, bien criado y excelentemente puesto de cabeza,—le respondí.

Mi padre volvió á sonreír, según creí observar, con el mismo aire de burla de antes. Lo cual no fué obstáculo para que me volviera á interrogar cuando ya el matador estaba ocupado en prepararse á su adversario para la muerte.

—¿Y eso que hace ese hombre, cómo se llama?

—Preciosísimos pases redondos y por bajo—contesté asombrado de la pregunta; y hubiera seguido mi discurso encareciendo las bellezas de un trasteo que el público aplaudía delirante, si en aquel momento el espada, al dar una estocada que le valió todavía más ruidosa ovación, no hubiera hecho exclamar de nuevo al autor de mis días:

—¿Y á tal modo de acabar con los toros, qué nombre le das?

—Volapié puro y neto, por el que, si Dios me ayuda, diré en mi revista que *Costillares* mismo tendría no poco que aprender del que tal estocada ha sabido dar.

Mi padre ya no sonrió; se puso por el contrario taciturno y tristón, y dejándome que escribiese á mi sabor, en toda la corrida volvió á despegar los labios.

Cuando terminó el espectáculo todavía siguió callado, hasta que nos vimos fuera de la plaza.

Entonces, asiéndome del brazo y haciéndome tomar un camino apartado del que seguía la muchedumbre gozosa y alborozada por las proezas que había presenciado, me miró frente á frente diciendo:

—¿Y serías capaz de querer hacer tragar al público todas esas cosas que te he visto borrajear?

—¿Cómo si sería?—contesté con aplomo.—No hemos de pasar mucho más allá de la calle de Sevilla, cuando ya veas impresa mi revista.

—Eso por suerte tuya y del buen sentido no sucederá así.

—¿Qué quieres decir?—pregunté con ansiedad.

—Oyeme y no repliques—murmuró con acento tan severo que no admitía objeción.—Todo puedo permitírtelo menos que mientas, y como he visto que en toda la tarde has hecho otra cosa que faltar á la verdad, he tenido la precaución de romper una por una tus cuartillas, conforme salían de tus manos.

—¿Supones que he mentado?

—Te hago la justicia de saber que no es la mala fé lo que te lleva á ello. Pero los aplausos del público me han probado que por desgracia no son pocos los que están tan engañados como tú.

—Pero . . .

—Te he dicho que me escuches. Aquel toro que calificabas de buen mozo, grande y bien armado; en tiempos que tú alcanzaste, no hubiera sido lidiado más que en una becerrada de reses poco menos que mochas; puyazos que has puesto en las nubes, hubieran valido á picadores que no hacen más que entregar caballos y desgarrar toros, cuando en la cárcel una silba fenomenal, y esos niños que tanto encareces porque no cesan de derrengar reses á fuerza de recortes, en vez de ovaciones lo que hubieran tenido por esa salidas falsas que ahora os enloquece y á que les enseñan sus mismos maestros, hubieren recibido primero la orden de su matador de retirarse al estribo y luego el billete de la diligencia para su pueblo, diciéndoles que en la cuadrilla ya nada tenían que hacer.

—¿Pero no me negarás que los espadas? . . —me atreví á objetar.

—A esos son á los que más y con peores consecuencias engañáis tú y los que como tú escriben—siguió mi padre con amargura.—Hacerlos creer que eso de barrer el suelo con la muleta, encorvándose de un modo deplorable, es dar muestra de guapeza y buen arte; celebrar faenas en que es raro ver un solo pase natural y pasarles por acabados volapiés las que son estocadas á paso de banderilla, dadas sin que el toro se entere de dónde le vino aquello, es marcarles senda tan equivocada y peligrosa que si ellos entendieran bien sus intereses y en más tuvieran su buen nombre, mejor se molestarían por vuestras alabanzas que no por cuantas acres censuras os viniera en mientes dirigirles.

Con tono de tan profunda convicción decía aquello mi padre, que una sacudida nerviosa tan violenta me agitó, que sobresaltado me desperté.

Sin embargo, á pesar de encontrarme muellemente acostado en mi cama y de ver que el sol de la mañana entraba hasta mi alcoba, todavía por algunos momentos seguí creyendo que el sueño había sido realidad.

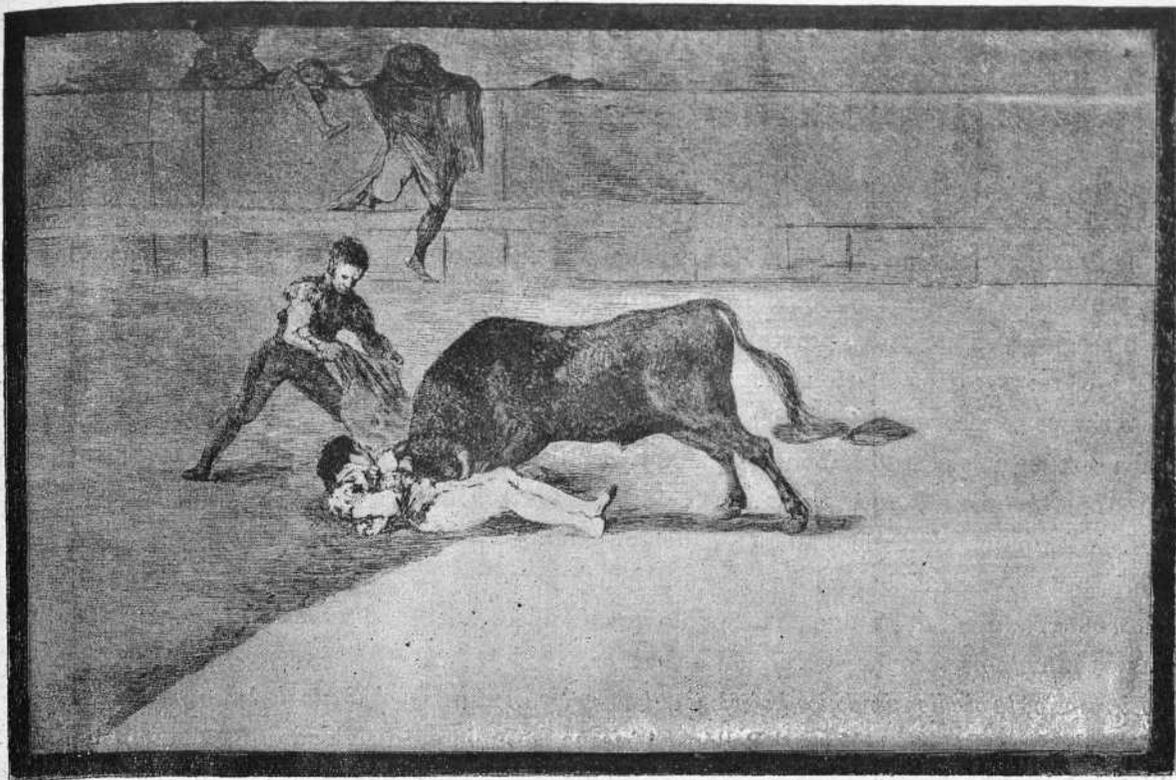
Sólo el número de *El Enano*, que acababan de ponerme sobre la mesa de noche, desvaneció mis últimas dudas, diciéndome que por desdicha sólo había presenciado una corrida, de que mi pesadilla me hizo creer testigo al que hace más de veintiseis años me aguarda en mundos quizá más felices.

Pero, ¿lo creerán ustedes? Cuando bajo la presión de tales ideas, leí la revista que había escrito en la plaza la tarde anterior, exclamé con la más sincera convicción:

—¡Qué bien hubiera hecho mi padre rompiéndome las cuartillas!

ANGEL R. CHAVES.





MADRID.—Cogida de *Pepe Illo*.—Facsimil de un dibujo de Goya.

UN RECUERDO

MAL empezó el siglo actual para los aficionados al arte del toreo, y más de una vez los detractores de la fiesta, que no tiene igual en el mundo, han pretendido apoyarse en el suceso de que vamos á hacer ligera reseña, para condenar aquella función que con tantos partidarios cuenta en España; como si los hechos casuales ó fortuitos se repitieran con tanta frecuencia que los comunes y ordinarios.

Han transcurrido noventa y seis años y cada día se recuerda con mayor pena, la trágica muerte del insigne *Pepe Illo*. Era el día 11 de Mayo de 1801, cuando en la plaza de Madrid un toro salamanquino, de Peñaranda de Bracamonte, llamado *Barbudo* y corrido en séptimo lugar de la función, al recibir una estocada cogió al famoso diestro por el muslo izquierdo, le volteó arrojándole al suelo, donde quedó sin movimiento, y allí le recogió, dándole una cornada tan profunda en el estómago que le causó destrozo horrible.

Día de duelo fué aquél para los madrileños aficionados al toreo y para los de toda España, que admiraban en el diestro sevillano brillantes cualidades, á las que debió ser el más popular de su época: porque una vez retirados al descanso los maestros Pedro Romero, *el de Ronda*, y Joaquín Rodríguez, *Costillares*, el infortunado *Illo* era el único que sostenía con prestigio el buen nombre que supo adquirirse en su larga carrera.

Contaba en la fecha de su desgraciado fin cuarenta y siete años, un mes y veintisiete días de edad: estaba casado con María Salado, de quien tuvo dos hijos que no siguieron la arriesgada profesión del padre, sabiéndose que el menor, llamado Antonio, fué capitán del Ejército español. La tradición y la historia han referido prolijamente la vida y hechos del infortunado José Delgado y Guerra, y sería ocioso reproducirlos; pero la memoria que de él conservan los vivientes, pasará de generación en generación y durará siempre como la fiesta nacional.

Hombre que tanto la enalteció y sacrificó su vida por honrarla, bien merece un tributo de compasiva admiración por parte de los verdaderos aficionados á la tauromaquia.

EL TIEMPO PASADO

Fué mejor, indudablemente, por lo que se refiere á la tauromaquia en general.

Desde que el gran Francisco Romero apareció en los cosos taurinos, dando á conocer la mula, y matando los toros á pie quieto con asombrosa bravura, paulatinamente ha ido experimentando progresos su arte; pero progresos en cuanto á generalidades, y retrocesos en cuanto á unidad.

Más claro: hoy tiene el arte más ancho campo, labrado por unos y otros; pero las cosechas que en ese campo se recogen distan mucho de parecerse en calidad á las de entonces, acaso porque se dejaba sazonar más el fruto, mientras que hoy se utiliza con harta prisa, sin reparar en si es ó no tiempo oportuno para la recolección.

Necio sería que viniésemos ahora á dar en el parangón de los toreros antiguos con los modernos, materia tratada por casi todos los escritores. No hay para qué insistir en ello, ni es ese nuestro propósito. Queremos, sí, decir algo de un punto que establece notable diferencia entre lo pasado y lo actual, con notable ventaja para aquellos tiempos.

El respeto, la obediencia de los inferiores al superior, y el reconocimiento de tal superioridad.

Cuando Juan Romero y Manuel Bellón, *Africano*, se unieron dirigiendo una notabilísima cuadrilla, de tal modo obtuvieron el respeto de todos, que sólo al retirarse el primero fué cuando ocupó su puesto Miguel Gálvez, quien á pesar de valer lo que valía, jamás pensó en dejar de ser obediente subordinado.

Martincho, que campaba sólo disfrutando de éxitos sin fin por sus brutales valentías, no vaciló en solicitar la jefatura del *Africano*, prefiriendo ser cola de león á cabeza de ratón.

Sin incurrir jamás en groserías ni violencias, hasta los últimos años de su brillante vida torera supo el gran Pedro Romero hacerse respetar de los suyos, que más que obediencia le tenían veneración.

José Romero, con todos sus méritos y preeminencias, solicitó con empeño grandísimo y consiguió al fin que el infortunado *Pepe Illo* se dignase admitirle á sus órdenes.

Jerónimo José Cándido, retirado voluntariamente de las lides taurinas á los cincuenta y seis años de edad, volvió á actuar dos años después, no por afán de ganancias, que no necesitaba, sino por meter en cintura á los discípulos del desgraciado *Curro Guillén*, que después de la muerte de éste, trataban de convertir el arte en merienda de negros.

La autoridad de Cándido fué respetada por todos los levantiscos, y alguno, como José Antonio Badén, la solicitó considerándola de imprescindible necesidad. Aquel gran torero, una vez logrado sin gran esfuerzo su deseo, inspirado en la mayor pureza del arte, se retiró definitivamente, satisfecho del éxito conseguido, y halagado de ver su autoridad reconocida y respetada aun en situación tan poco propicia.

Mas en nuestros días, allá por los años setenta y tantos, los que entonces éramos chicuelos no podemos olvidar la seriedad que en sus actos como jefe observaba el gran *Frascuero*, á quien de continuo se veía con sus íntimos en la tertulia constituida en el Café Imperial.

A lo sumo, junto á él estaba el veterano *Pablito*. Bastante separados se hallaban siempre los demás individuos de la cuadrilla, que sólo se acercaban (respetuosamente, por supuesto), cuando el jefe lo ordenaba.

En una palabra: el respeto era la base de una seriedad que en la calle tenía su parte amistosa y comunicativa; pero que en el redondel tomaba el cariz más ordenancista, sin que por nadie ni por nada fuese violentada.

Hoy . . .

Hoy todos sabemos que se piensa de muy distinta manera, y que los resultados vienen á dar en tierra con la respetabilidad y energías del jefe, cuando pretende ponerlas en práctica.

Nosotros hemos visto, después de terminada una corrida en la que no había tenido gran fortuna el espada, que hallándose éste en un café acompañado de algunos amigos llegó ¡¡el puntillero!! y dándole golpecitos en la espalda, y arrimando una silla al velador (sin previa invitación), dijo á su jefe:

—¡Gachó, y qué medianamente has *estao* con el cárdeno! . . .

A cualquier hora hubieran, no tolerado, ni siquiera soñado tal cosa, ni los Romeros, ni Cándido, ni *Pepe Ilo*, ni *Frascuelo*, ni otros mil toreros serios, atrevimiento tal!

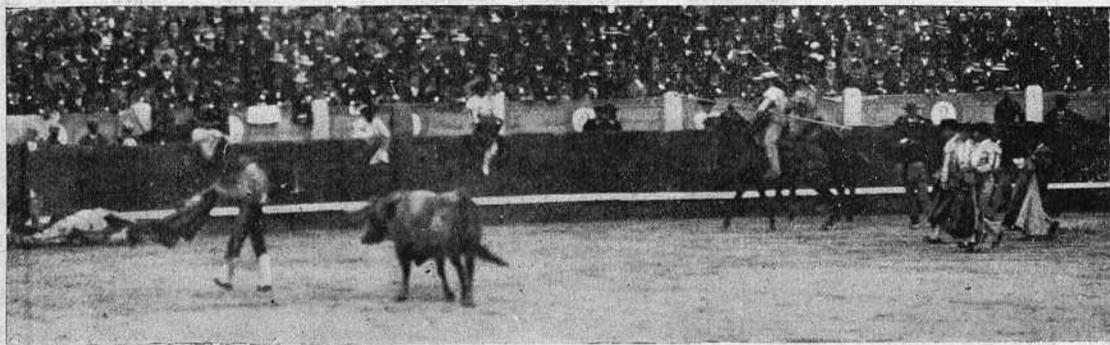
De aquí que luego, en plena plaza, tal ó cual picador remolonee en obedecer las órdenes de su jefe. De aquí que, generalmente, cuando un espada dice *¡fuera!*, le obedezcan ó no. De aquí que, á pesar de serias prohibiciones, el último mono de una cuadrilla realice actos que perjudican la buena fama de un matador . . .

Es, pues, indudable, que en lo referente á obediencia, en lo tocante á que el prestigio del jefe quede en su debido puesto, y no rodando por los suelos, estamos muy lejos de aquellas florecientes é inolvidables épocas de prestigio grandioso para el arte taurino.

Aun incurriendo en el enojo de los modernistas, nosotros creemos que, en el asunto que á la ligera hemos tratado, hay por necesidad que repetir con el clásico:

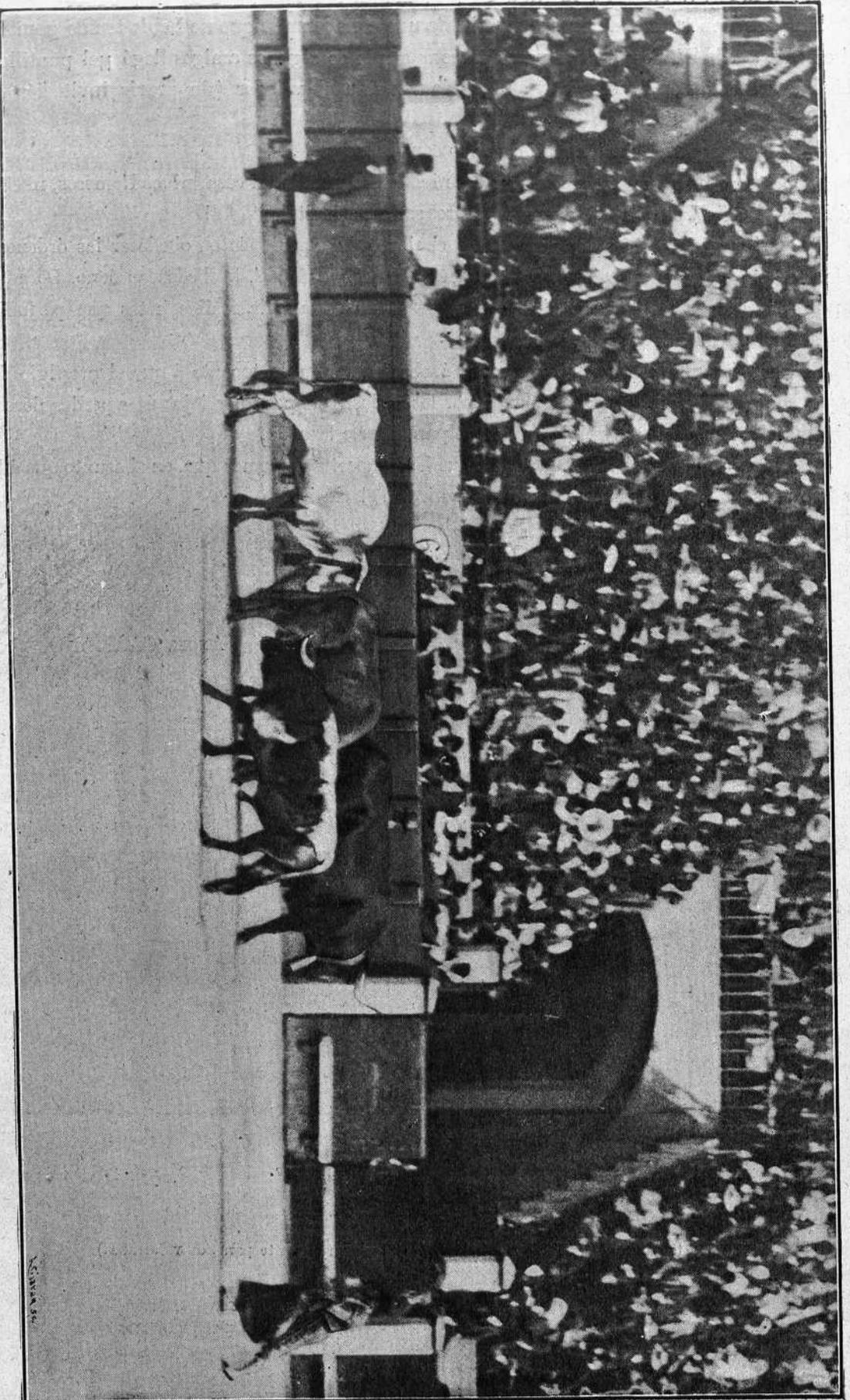
*Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.*

ANGEL CAAMAÑO.

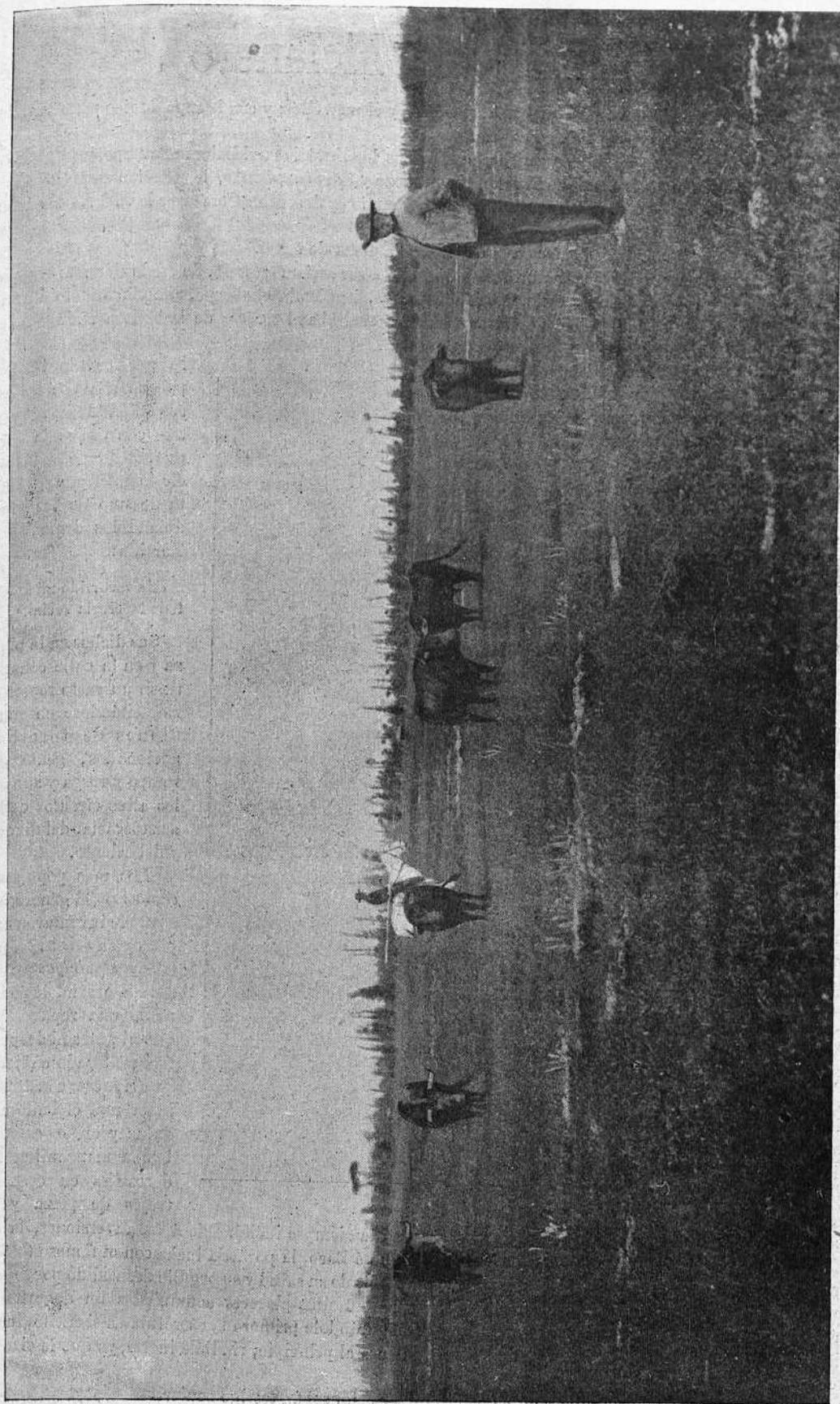


Guerrita á la salida de un quite.

(Instantánea de la *Sociedad Artístico Fotográfica*, expresamente para SOL Y SOMBRA.)



MADRID.—CORRIDA EXTRAORDINARIA CELEBRADA EL 28 DE ABRIL ÚLTIMO.—El toro *Liebro*, de Veragua, retirado al corral por resultar inútil para la lidia.
(Instantáneas de la *Fotografica Company*, expresamente para *SOL Y SOMBRÁ*.)



SAN FERNANDO DE JARAMA.—PUENTE DE VIVEROS.—PRADO DE ARRIBA.—Toros de Miura.

(Instantánea de la *Sociedad Artística Fotográfica*, expresamente para SOL Y SOMBRÁ.)

José Redondo (el Chiclanero).

ERA un *majo* hasta allí, sabiendo llevar la *ropa corta*, el calañé y el marsellés; y con la capa de rico paño azul de tina bordada en primorosa trencilla, había que verle.

Aquello era aire, pero mucho aire andaluz y mucho braceo. Los hombres le envidiaban el cuerpo y la gracia, y las *jembras*, al pasar por su lado y ver aquel hombre tan buen mozo y tan *bien plantao*, le sonreían de íntima satisfacción, aunque para sí dijese:—Pero qué remarditón y qué presumió es Joselito. ¡Como que le va fartando calle pá mover esos hombros!

Y llevaban entera la razón. Redondo fué *actor* en la calle y en la plaza de toros.

Se había estudiado, había comprendido su naturaleza y decidido á ser artista en todo, de cualquier manera que se le mirase; con poca ropa, con la de lujo de calle, vestido de torero, irguiendo el cuerpo, abandonándolo á accidentales posturas, sentado ó de pié, hablando ó silencioso, siempre resultaba el *sumum* de la belleza andaluza, el tipo modelo del lidiador de toros.

Y el indino se miraba al espejo, se gustaba, y como los hombres le *hacían parmas* y las mujeres se morían por *sus peazos*, vamos, que no se podía él mismo reprimir y *presumía* de lo lindo, creyéndose ser Adonis con monterilla ó sombrero calañés.

¿Y cuando la daba de torero y matador? Modestia á un lado, sin temer á la crítica, decía: «Soy en el toreo REONDO como mi apellido.»

Fachendoso á la vez que humorístico, hacía sus mejores chistes, elogiándose á sí propio, y en el terreno de las comparaciones cargaba la mano al rival, sin que cayese en la cuenta de que *sus gracias* molestaban á veces, y movíanse chismes y cuentos que servían para satirizarle.

Redondo, por sus expansiones, por su falta de miramientos y por echarlo todo á guasa, tenía adquirido el calificativo de *mala lengua*.

Las mujeres, particularmente, le temían porque sacase á plaza sus debilidades; pero aun con tan mala lengua, Redondo pudo decir como el protagonista de uno de los más aplaudidos dramas de Zorrilla:

«Ha recorrido mi amor toda la escala social.»

Sus dichos en la plaza y en la calle constituían un vasto repertorio, citándose en reuniones de toreros, aficionados, gente de rompe y rasga y aun en los altos círculos de la aristocracia, del dinero y del talento.

Los más populares *cantaores* del género *flamenco* le inventaron coplas, y en *soleás*, *playeras* y *seguiriyas* se le aludía, creándole de tal modo una reputación, que ni antes ni después ha aventajado nadie.

La *juerga* constante, la broma, el baile andaluz y el *flamenco*, la buena manzanilla, los derroches en costosos trajes de plaza y de



Redondo murió y su muerte fué tranquila y en momento inesperado, según testigo ocular.

Era el 28 de Mayo de 1853 y día de inauguración de la temporada taurina en la Corte. Redondo, que estaba contratado por la empresa para torear toda la temporada, hallábase gravísimo y por tanto imposibilitado de tomar parte en la corrida. Los médicos le habían prohibido toda mención de sus deseos por presentarse ante el público, y aquel hombre, conservando aún energías vitales, habíase sentado en ropas menores en un sillón próximo al cierra

de cristales de un balcón á la calle. Fijábase de cuando en cuando en los transeuntes; suspiraba y su mente parecía como absorbida toda por una idea que le mortificaba. ¡Era día de toros y él, el espada contratado, el diestro popular y célebre, no podía torear!

Dieron las tres de la tarde, y aparecieron por la calle jinetes en sus *jamelgos*, dos picadores que iban para la plaza. Verlos José Redondo y tomar alientos, fué cosa de un instante.

—Ahí van ya, dijo. A buscar las parmas, á lucirse, y yo sin vestir mi traje. ¡Qué padesco con esto! Dios mío, ponerme bueno, que yo vaya á la plaza á gozá, á ivertirme. Mira, Narbona, —dijo al único amigo que adicto á su toreo y amistad había preferido estar en su compañía á ir á los toros—yo soy mu aficionao, me pagan bien mi trabajo, pero no pués figurarte que gozo siendo torero y capeando y matando toros. El dinero no es náa; las parmas son tóo pa mí.

Trató Narbona de disuadirle que no hablase, que no se exacerbara, pensando más en su salud que en las reses. —Ponte bueno, José; que tú lograrás, como siempre, verte aplaudido.

Pero aquella idea se había apoderado de Redondo, no cesaba ya su conversación recordando sus triunfos, y parecía que, como presintiendo su muerte, debía hacer su propio elogio de fiel cronista. La tos seca, áspera, le interrumpía á veces su discurso, tenía que tomar aliento, y Narbona, su buen amigo, volvía á suplicarle la calma y el silencio. De pronto oyó el reloj. «—Ya está el primer toro en la plaza, y yo... aquí... aquí. ¡Qué fatigas siento!»

Calló y reclinó su cabeza sobre la almohada que al respaldo tenía el sillón; aprovechóse de este momento Narbona para convencerle de que se acostase, y en fuerzas de súplicas logró al cabo conducirlo á la cama; mas en vez de tenderse en posición natural que estuviere más cómodo, adoptó echarse boca abajo descansando la cabeza sobre el brazo derecho. A poco parecía dormido, y Narbona se retiró al balcón.

Había transcurrido media hora, poco más, cuando uno de los fieles amigos de Redondo, que le servía de criado, entró en la alcoba de la habitación con una taza de caldo. Llegó á la cama, llamóle una y otra vez, y cuando no obteniendo respuesta hubo de inclinarse sobre el cuerpo del enfermo y observó presa de la mayor ansiedad el rostro cadavérico de Redondo, la completa quietud de sus músculos, la sangre en su boca y en la colcha de la cama, arrebatado de dolor exclamó:—José, José, ¿pero qué es esto? Ay Narbona de mi alma... ¡Redondo ha muerto!!

Así era efectivamente. Sin un quejido, sin haber hecho la menor contracción, había pasado del sueño reparador á la muerte eterna.

Al día siguiente todo Madrid presenciaba uno de los más fastuosos entierros que se han conocido. Las calles y plazas del tránsito, los balcones y ventanas estaban llenos de gentes de toda condición social, demostrándose así la general estimación que en vida tuvo Redondo. España entera le lloró, la prensa supo dedicarle las más sentidas líneas á su memoria y ante su tumba declamáronse versos brotados del dolor intenso del poeta.

En la corrida del 5 de Abril se presentaron las cuadrillas en el ruedo matritense, vistiendo el pañuelo y ceñidor negros en señal de duelo por la muerte del *non plus* en el toreo.

Redondo se llevaba á los públicos de calle, y para conseguirlo bastaba tan sólo verle en el acto del *paseo*; nadie como él con más garbo y compás moviendo el brazo derecho, ni nadie con más gracia en el saludo al presidente.

Actor taurómaco, daba á su cuerpo y al rostro la actitud y expresión que acomodaba á cada suerte, encajando tan sublimemente en su papel, que verlo cruzar la arena de un extremo á otro, capote al brazo, la mano derecha sobre la frente en forma de pantalla para esquivar los rayos del sol, era para que le dijesen:—¡Olé, y tres veces olé, los hombres simpáticos y bien dibujaos!

Tuvo una época en que por *presumir* salía á hacer el *paseo* con zapatillas de charol, que luego terminado éste cambiaba por otras de *cordobán*, que á prevención le llevaba el célebre mozo de estoques el *Bombo*, calzándose las de brega después de humedecerles interiormente las suelas para que se adhiesen mejor á las plantas de las medias.

Enamorado, por irresistible vocación al bello sexo, en cuanto veía una mujer guapa en tendido, silla ó palco, no la quitaba la vista; y conseguido que se fijase en él, de cada suerte hacía un alarde de valor y arte, sonriéndose con aquel *salero* que Dios le dió como para dar á entender: *tóas estas cosas son por osté, prenda*.

Su sistema de entrar al quite con los picadores era una especialidad. Entraba el picador en suerte paso á paso, y Redondo, descansando su mano derecha sobre el muslo del jinete, solía decirle:—«Anda, hijo, que te está mirando aquella *gachí* de *sacais bariales*, y esta noche va á pasá argo.»

Con un hombre así que jaleaba y *encalomaba* á los picadores iban éstos á tomar *parmas* ó *cornás*, que Joselito procuraba no fuese lo segundo, porque si el toro *achuchaba* de firme y pegando recio echaba por tierra *predicador* y *púlpito*, sabía hacer un *cuarteo ceñido* y de castigo, ó un lance á *punta de capote*, y si esto no bastaba para sacar á la res, una mano á la cola y otra al pitón derecho, dar dos ó tres vueltas y *cuadrarse* á dos pasos de la *cabeza*, diciéndole al público: ¡Vengan parmas pa mí, que dibujo el toreo como Murillo ángeles!

¿Banderillero? Era el modelo, nadie con más gracia para entrar en la *cara* de los toros, de todos modos y en cualquier terreno. Adorno, valentía, vista, gracia, soltura de brazos y de caderas, todo un conjunto armónico de facilidad envidiable.

Una tarde, en el *coso* sevillano, donde imperaba por arte, valor y méritos contraídos en lides de resuelta oposición á los toreros del país, quiso *tomarle el pelo* al bando *cucharista*, que es sabido lo componían los moradores de los barrios de San Bernardo (donde vivían los toreros) y de la Carretería.

Cogió un par de banderillas, fué al toro que eligió para la *tomadura*, y abriendo desmesuradamente los brazos, dejó al *cuarteo* una banderilla en cada brazuelo; tomó enseguida otro par y entró de *frente*, clavando cada rehilete una cuarta más arriba del anterior. A esta chapucería le silbaron sus detractores, cuando Joselito, dirigiéndose al grupo, dijoles:—Callarse, esaborios, que ahora van las güenas, y á *topa carnero* dejó los dos palos en las mismas *péndolas* y más tiesos que velas. Esta demostración de su gracia le valió una imponderable ovación, y cuentan testigos de completa formalidad y conformes en la referencia del hecho, que si se hubiera cogido un metro para medir la distancia de las banderillas, se habría visto con cuánta exactitud midió Redondo las distancias para que la simetría resultase como si lo hubiera hecho á compás y escuadra.

El célebre carpintero García, vulgarmente conocido por el *Patriarca del barrio de San Bernardo* por sus relaciones con la cofradía del casto San José, le tenía á Redondo un odio mortal. Dominando en voz á los del bando *cucharista*, venía á ser un *Chironi* sevillano que desde el andamio daba reputación, palmas y ovaciones. El buen García no podía ni quería entender que hubiese diestro mejor que *Cúchares*, y á Redondo le declaraba guerra sin tregua.

Pero Redondo no era de la *calidad* de Lagartijo, y si sevillanos *bernardinós* y *carreteros* las traían con él, Joselito los insultaba con sus desprecios y frases, y toreando y matando con muchos calzones y mucho arte, los hacía callar; como que Redondo opinaba *que á los guapos se les pega en la puerta de sus casas*, cosa distinta al pensar del califa Rafael cuando se le había pasado la edad de la valentía.

En aquel *ruedo* ponía cátedra Redondo, y hombre de *mala mui* como era, encarábase con el *Patriarca* diciéndole:—Mira, chavó, esta tarde vas á tené que tocarme las parras.—¿Yo? respondía García.—Sí, tú y tóos esos mondongueros de San Bernardo.

Y empezaba la lidia y Joselito hacía primores, y los *cucharistas* insulto vá é insulto viene, riéndose Redondo con el mayor descaro y ganando los aplausos de las gentes sensatas de la sombra y hasta de las señoras y mujeriejo bajo.

En una corrida de las más célebres que toreó en Sevilla, dijole al famoso *Patriarca*: «Esta tarde vengo á torear pá que te jartes, y voy á matá los toros á gorpe cantao.» El primer toro, le dijo apenas salió del chiquero, te lo voy á matá con dos pases y una estocá recibiendo. Al segundo le *cantó el golpe* de esta manera:—Oye, este no trae *facurtaes* y voy á darle tres pases y un volapié. Al tercero, que salió manso de los de no tomar el engaño, le dijo al *Patriarca*:—Pues, hijo, aquí no hay materiá y sin pasarlo lo voy á meté un golletaso que eche sangre por el jopo.»

Hecho esto así como lo dijo, oído claramente por los circunstantes, ganó el mayor lauro el inclito Redondo, y el *Patriarca*, que antes no quiso tocarle las palmas, se rindió con el *golletazo* exclamando:—Anda, que eres más sabio que Salomón, y desde ahora no te chillo más, só pinturero.

Hasta tal extremo llegó la inquina contra Redondo, que la guardia civil tenía que escoltarle al salir de la plaza, pues los *guapos* y escandalosos se preparaban para insultarle y acometerle; y cuenta la historia hablada, que en una noche se vió cruzar por el barrio de la Carretería cuatro hombres llevando un ataúd y dentro de él un muñeco ó pelele que decían ser Redondo, acompañando al *cadáver* varios graciosos.

¿Cabe ir más lejos en odio? Ni en Benisicar ni Frajana.

¿Qué hubiera hecho—por ejemplo—el famoso *Lagartijo* si le destinan á él ese papel de *muerto forzoso*?

No ha habido diestro más discutido en Sevilla que Redondo, y él, que aunque largo de lengua no lo fué de manos, tuvo sin embargo el amor propio y dignidad suficientes para aceptar contratos allá donde le molestaban, probando con esta decisión que sus méritos estaban por encima de las ruines pasiones de sus adversarios; y allí donde los menos le denigraban y los más le aplaudían hasta el delirio, probaba el dicho de un verdadero valiente de que á los *guapos* se les pega en la propia puerta de su casa.

Un puñado de locos ó ebrios no constituye un pueblo. Así lo ha entendido *Guerrita*, el coloso, el Redondo del tiempo presente, y con su conducta torera ha logrado meterse á los sevillanos en el bolsillo. ¡Así se impone el arte!

Redondo rebosaba de orgullo torero; su afán de sobresalir por cima de todos sus contemporáneos, era el acicate que movía todas sus acciones, y antes que humillado por mal artista, hubiérase dejado la vida en las astas de un toro.

Ya se lo dijo á Montes una vez sin respetar ni el parentesco ni al *maestro*:—«Soy más torero que osté y que tóos los que llevan coleta». El gracejo con que pronunció tal aserto, no excluyó que el famoso Montes reconociera que el *niño* había estado imprudente, pero que le había dicho la verdad.

Por estos arranques, propios de su carácter bromista, había *quien no lo podía tragar*, y en cierta ocasión un escritor que demostró singular gracejo para hacer escenas andaluzas y jitanas, que eran muy aplaudidas en el teatro, escribió un aporósito con el título de *Soy mu bonito*.

Caracterizó el protagonista de tal obra un actor de especial *vis cómica*, y la gente creyó ver á Redondo reproducido sobre el escenario; llegó á noticia del *Chiclanero* esta novedad y fué al teatro, comprendiendo que al sacarlo á la escena tanpreciado de sí, *tan bonito* y tan fachendoso lo ponía en ridículo. Resuelto á pedir explicaciones, fuése al autor, su amigo D. Fernando García de Bedoya; pero negaba éste y asentía aquél de que, efectivamente, el *Soy mu bonito* iba derecho á ridiculizarlo, hasta que se cargó Bedoya y hubo de decirle:—Pues yo te he dado ya mis explicaciones; el *bonito* no eres tú, sino un tipo que he creado para presentar un andaluz; mas si sigues erre que erre, te diré que me tiene sin cuidado todo, y que como hombre voy á cualquier terreno, y así que cuando quieras...

Joselito sabía que Bedoya no iba nunca en calzones blancos, y que ni la levita ni el copa alta eran óbices para darse un *cortecito* con cualquiera, y desistió de un lance personal con hombre de pluma y sobrado de genio.

Podría referir hechos idénticos y parecidos de la vida de Redondo, ¿pero á qué? si queda bien retratado su carácter con los dichos suyos y su manera de ser.

Como artista taurómaco, ni antes ni después ha tenido rival posible, siendo un torero general en la práctica de suertes antiguas y modernas, sublime en el capeo, magistral en banderillas, consumado en valor y gracia en las estocadas recibiendo é innovador en el volapié, al cual dió realce incomparable con el airoso movimiento de los hombros al armarse á la muerte al mismo tiempo que arrastraba el pié izquierdo, medio que él decía lo empleaba para *afirmarse* sobre la arena, por si el tropezar sobre tierra movida le embazaba la seguridad y presteza del arranque en línea recta al toro. Aquella *¡atodita* hizo célebre sus volapiés, que luego copió el agraciado *Tato*, aunque sin la facilidad asombrosa que del *cruce* de brazos patentizaba el fino arte de Redondo.

Ya lo dijo el famoso *Faquillito*, banderillero de conocimientos y destreza consumadas:—«Montes fué en el toro una hermosa bola de oro; pero José Redondo la labró y la jiso monca». Es decir, que el *Chiclanero* puso en circulación un precioso metal, que era la escuela de toreo de Chiclana, dándole preciosa hechura y un valor tal, que á su lado ningún torero tenía la *ley* esplendente que de su confección y arte se manifestaba sobre el terreno de las comparaciones.

¡Lástima de hombre! El abuso de los placeres y el ningún aprecio á su vida le arrebataron la existencia á los treinta y cuatro años de edad, cuando sus triunfos le habían llevado al pináculo de la gloria.

Redondo era alto de estatura, de blanco cutis, cabeza hermosa con pelo rubio rizado, y sus ojos azules, con dulce mirar, reflejaban un alma de artista inteligente y bravo que se imponía por la fascinación.



Por falta de espacio no publicamos íntegra la reseña que nos ha remitido nuestro corresponsal en Granada, señor Basti, de la corrida de toros celebrada en aquella plaza el día 2 del corriente, en la que actuaron los matadores Antonio Moreno (*Lagartijillo*) y José García (*Algabeño*).

A juzgar por lo que nos dice el Sr. Basti, el ganado, que procedía de la vacada del Sr. Peñalver, dejó bastante que desear.

Peones y picadores, á excepción de *Berrinches* que puso buenos pares, y *Badila* que clavó algunos puyazos superiores, no hicieron nada digno de nota.

Los espadas con muy buenos deseos de quedar bien, lográndolo á medias.

La corrida, en conjunto, pudo calificarse de regular.

A consecuencia de la cogida que sufrió en la tarde del 6 en la plaza de esta corte el simpático y valiente matador Emilio Torres (*Bombita*), se encuentra bastante molestado por una herida que el toro le infirió en la ingle, y que por fortuna no ofrece gravedad, y un fuerte varetazo que recibió en el vientre y le produce intensos dolores.

Mucho celebraremos que á la hora de salir este número, se halle completamente restablecido el simpático diestro.

En la plaza de Figueras se celebró el día 2 una corrida, en la que *Fabrilo* y *Reverte* mataron reses de Arribas.

De los toros, resultaron buenos los lidiados en segundo, tercero y quinto lugar, y los otros tres indignos de ser presentados en una corrida de toros. Aguantaron 48 varas por cinco caídas y dos jacos para el arrastre.

Fabrilo estuvo aceptable en la muerte del primero y tercero, y muy bueno en la del quinto, alcanzando la oreja. Muy trabajador y aplaudido en quites.

Reverte muy bien en la muerte de su primero y bien en la de sus restantes, siéndole otorgada la oreja de su primer toro. En quites muy valiente y adornado toda la tarde, escuchando continuos aplausos.

Picando, *Molina*, *Agujetas* y *Soria*.

Bregando, *Blanquito*, *Pulga*, *Cayetano* y *Fabrilito*.—*Franqueza*.

Los toros de *Conradi* lidiados en la plaza de Sevilla el día 9, resultaron *mansos perdidos*. El primero fué fogueado.

Lagartijillo tuvo el *santo de espaldas*; *Minuto* se portó

bien con el capote y la muleta, no teniendo tanta fortuna al herir. El banderillero *Maguel* sufrió un puntazo en una pierna.

Según noticias recibidas de Barcelona, la corrida celebrada en aquella plaza, la tarde del 9 del actual, resultó superior, tanto por las condiciones del ganado, que era de Cámara, como por el trabajo de los diestros encargados de lidiarlos.

Los toros, que fueron bravos y nobles, dejaron 15 caballos para el arrastre.

Guerrita, muy trabajador; toreando y matando magistralmente, obtuvo grandes ovaciones en el primero y quinto.

Villita por su parte echó el resto, y consiguió no desmerecer bregando con arte y cobrando buenas estocadas, que le valieron muchas palmas.

Ambos matadores entusiasmaron al público banderilleando al quinto toro.

En resumen, la corrida dejó satisfechos á los aficionados de la Ciudad de los Condes.

Plaza de Toros de Madrid.—El segundo abono de esta temporada, cuya renovación termina hoy, constará de siete corridas.

Se lidiarán reses de Aleas, Campos López (antes *Barriónuevo*), Castellones, Hernández, Ibarra, Miura, Moreno Santamaria, Núñez de Prado, Otaolaurruchi (antes *Orozco*), Pérez de la Concha, Veragua y Marqués de Villamarta.

Los matadores contratados son: *Mazzantini*, *Guerrita*, *Bonarillo*, *Reverte*, *Fuentes* y *Bombitz*.

Rafael Guerra tomará parte en dos corridas, y serán de abono aquellas en que actúen dos de los espadas *Mazzantini*, *Guerrita*, *Reverte*, *Fuentes* y *Bombita*, así como las en que trabaje *Bonarillo*, uno de los anteriores y otro de alternativa en esta plaza.

Durante este abono se organiza la corrida de Beneficencia, que como siempre será extraordinaria, reservándose á los abonados sus localidades, cuando se verifique.

Las corridas serán de seis toros y se efectuarán en domingo ó día festivo, á excepción de las suspendidas por temporal ó causa de fuerza mayor, que podrán celebrarse en día de trabajo, sin que los abonados tengan derecho á reclamar la devolución de billetes.

Los precios y demás condiciones de abono son los mismos de la serie anterior.

El día 16 del actual se verificará en Talavera de la Reina una corrida de cuatro toros, que serán estoqueados por el espada Antonio Moreno (*Lagartijillo*).

**

El mismo día se correrán en la plaza de La Línea seis reses de Halcón, por los simpáticos diestros *Minuto* y *Conejito*.

**

Han llegado á nuestra redacción los estimados colegas *La Reseña*, de Alicante, y *Echos da Avenida*, de Lisboa. Agradecemos la atención y devolvemos la visita.

**

Durante las fiestas de la Virgen Blanca, se celebrarán en Vitoria grandes corridas de toros, en las que tomarán parte los matadores *Guerrita* y *Reverte*.

**

La corrida anunciada en Huelva para el día 2 del actual, ha quedado aplazada para el 23, y se lidiarán reses de D. Luis Arrayás, de Valverde, por la cuadrilla de *Litri*.

Los productos se destinan á beneficio de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío.

**

En la novillada que ha de verificarse el 16 en Mataró,

actuarán de matadores el *Morenito de Valencia*, y probablemente el diestro gaditano *Poloco*.

**

En Barcelona se anuncia para el día 16 del actual una novillada con reses de Cámara, estoqueadas por los diestros *Murcia*, *Alvaradito* y *Naverito*.

**

En la misma plaza lidiarán el 23, toros de Miura, los espadas *Guerrita* y *Reverte*.

**

El 27 y 30 de este mes se celebrará también en dicha plaza una novillada, en la que lidiarán Carrillo, *Guerrero* y Vicente Ferrer, toros de Udaeta.

**

Bibliografía.—Hemos recibido un ejemplar del libro *Badajoz Taurino*, escrito por D. F. Cabañas Ventura (*Primores*).

Sin tiempo ni espacio para ocuparnos de esta obra con la detención que merece, nos concretamos á recomendarla á nuestros lectores, por las muchas curiosidades históricas que contiene, con especialidad en lo referente á la tauromaquia extremeña, y los interesantes datos biográficos de aficionados y toreros del país.

Este libro, que está muy bien escrito, es digno de ser conocido por todos los buenos aficionados.

SOL Y SOMBRA

SEMANARIO TAURINO ILUSTRADO

Dirección y Administración: Santa Isabel, 40, Madrid.

REDACTORES

D. José Sánchez de Neira. — D. Luis Carmena y Millán.
D. Mariano de Cavia (Sobaquillo). — D. Eduardo de Palacio (Sentimientos).
D. Angel R. Chaves. — D. José de la Loma (Don Modesto).
D. Angel Caamaño (el Barquero). — D. Aurelio Ramírez Bernal (P. P. T.)

DIBUJANTE

Don Daniel Perea.

SOL Y SOMBRA se publica todos los jueves.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre, 2'50 pesetas.—Ultramar y extranjero: Semestre, 9 pesetas.

PRECIO DE VENTA

Número corriente, 20 céntimos.—Idem atrasado, 30.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Administración de este semanario y Librería Internacional de los Sres. Romo y Füssel, Alcalá, 5.
Las suscripciones empezarán siempre en el primer número de cada mes. — **Pago adelantado.**